



ELÍAS ALMEYDA ARROYO

# ELIAS ALMEYDA ARROYO

por EUSEBIO FLORES SILVA

La personalidad de don Elías podría ser fácil definirla en dos palabras o muy difícil y para ello se necesitarían varias páginas. Espíritu apasionado y tremendamente crítico, atrevido en sus apreciaciones personales y audaz y duro en sus concepciones de la ciencia y del quehacer pedagógico, era capaz, sin embargo, de emocionarse y demostrar ternura en un hombre que no había limado sus asperezas de carácter en el seno de un hogar, con mujer e hijos.

Había nacido en Santiago el 7 de febrero de 1883 y era hijo de don Clodomiro Almeyda, ingeniero y profesor durante largos años en la Escuela Militar de quien, seguramente, recibió como herencia intelectual el gran rigor científico de que hacía gala, sobre todo en sus clases y en sus trabajos sobre climatología en los que los fundamentos de la física constituían una base irrefutable.

Estudió sus humanidades en liceos de Antofagasta y Santiago con singular brillo, ingresando al Instituto Pedagógico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile en el año 1901 con el decidido objetivo de estudiar historia y geografía. Alumno distinguido del eminente profesor Hans Steffen de quien recibió con deleite clases de geografía, desde un comienzo su espíritu se canalizó decididamente por los caminos de la ciencia geográfica. Egresó y se graduó tres años después con una tesis que en esa época constituyó un trabajo realmente pionero: "Ensayo de Geografía Glacial. Algunas consideraciones sobre el relieve del Llano Central de Chile". En este trabajo, que mereció los honores de la publicación, que es sin embargo de su juventud, don Elías habla y sistematiza, por primera vez, los escasos y dispersos conocimientos que se tenían sobre acumulaciones morrénicas, sobre el perfil transversal de un valle en forma de U y sobre la formación de los grandes conos de rodados de los ríos Maipo y Mapocho.

Ya titulado, su espíritu inquieto y su juventud le llevan a desempeñar la docencia secundaria en los liceos de hombres de Tacna y Punta Arenas, auscul-

tando realidades geográficas dispares, pero indudablemente muy provechosas para su formación científica.

Muy joven aún y ya de vuelta en Santiago, obtiene del Gobierno la distinción de viajar a Europa en comisión de servicio para realizar estudios de perfeccionamiento en Francia y Alemania. A su vuelta ingresa a la Universidad, pasando a desempeñar en la Escuela de Agronomía de la Universidad la cátedra de Climatología y luego, la de Geografía Agrícola, sirviéndolas ambas hasta su muerte.

En vacaciones y en cualquier período libre de sus obligaciones docentes viajaba por el país en un viejo coche, en compañía de otros colegas y de alumnos aventajados. Recorría fundos y pueblos en largos peregrinajes, encontrando siempre amigos y ex alumnos que le ayudaban, le alojaban y le festejaban con cariño. De ellos obtenía útiles informaciones que luego incorporaba en sus clases y en sus libros. Gustaba de acumular datos estadísticos que consideraba imprescindibles para dar justeza y precisión a sus lecciones y trabajos científicos. El mismo financiaba la construcción de pluviómetros que, con permiso de autoridades y particulares, ubicaba en lugares que su espíritu certero consideraba más adecuados para obtener una visión exacta de las características pluviométricas del área. Fruto de estos ingentes esfuerzos que hoy día nadie realiza, son sus *Irregularidades de las lluvias chilenas* (1934), *Pluviometría de las zonas del desierto y las estepas de Chile* (1950) e incluso *Recopilación de datos climáticos de Chile y mapas sinópticos respectivos* (1958).

Don Elías gozaba recopilando datos y dibujando de su propia mano cartogramas climáticos que, en muchos casos, son únicos en el país. Varios de ellos están en las publicaciones antes mencionadas, pero otros que muy pocas personas descubren y explotan están en su *Geografía de Chile* y en su *Geografía Agrícola de Chile*. Ambas obras las editaba y las distribuía él mismo y era emocionante verlo recorrer las páginas de nuevas ediciones que él preparaba con tanto entusiasmo y dedicación. Su *Geografía de Chile*, que alcanzó dieciséis ediciones entre 1909 y 1956, es una obra singular, que muchas personas consideran ya caduca, pero que otras descubren en sus páginas más y más méritos. Comienza con poesía, un cuadro de P. A. González y la estatua La Quimera, de Nicolás Palacios; incorpora numerosos dibujos, fotos y cuadros, cortes y perfiles de terreno, dibujos a pluma y cartogramas de isonefas, de isotermas, de isoyetas, de oscilación térmica, etc.

Don Elías tenía algunas ideas curiosas que él exponía con ansiedad y que defendía tenazmente; otros hechos de su vida revelan una personalidad original, en parte contradictoria, en parte muy propia de la vida que había llevado. Por ejemplo, jamás quiso llamar geografía regional a su tratado para la enseñanza, ni usó el método de la geografía regional. Sostuvo y utilizó siempre la división en zonas y llegó a reclamar y ganar en los tribunales un juicio contra un autor que plagió su división zonal sin citarlo expresamente; el bullado asunto llegó incluso a la prensa periódica del país. Lo mismo ocurrió con una polémica acerca

del embalse del Maule en que se enfrascó, nada menos que con la Dirección de Riego del Ministerio de Agricultura en un debate público. Aseguraba, contra la opinión de ingenieros y agrónomos, que el embalse jamás llegaría a la cota que sus patrocinadores y constructores no dudaban alcanzaría. Basado en sus precisos cartogramas pluviométricos y en la infinidad de datos de que disponía, el tiempo hasta la fecha le ha dado totalmente la razón. Otorgaba a la corriente de Humboldt una importancia fundamental en las condiciones meteorológicas de la mitad septentrional del país y aseguraba que muchas de las cualidades agrícolas chilenas derivaban de ella: "Nuestro clima presenta algunos caracteres a los cuales no se les encontraba explicación... y todo provenía del fulgor extraordinario con que brillan en Chile las estrellas. Tenemos un mar intensamente frío al N de Valdivia el que, al enfriar la atmósfera, produce en ella una poderosa subsidencia que nos trae el aire limpio y sumamente seco de la altura. Con aire descendente, la lluvia es imposible. El hecho que la mayoría de las plantas chilenas sean medicinales y que nuestros productos agrícolas sean de calidad sobresaliente, lo debemos al mar frío: al aire limpio y seco que sopla en las alturas". Pensaba que era posible construir un largo canal de riego que partiera desde los caudalosos ríos del sur y trajera el fertilizante líquido hasta las secas tierras de Chile Central e incluso propiciaba la construcción de un lactoducto, idea que a muchos parecerá arbitraria...

No gustaba de los halagos ni de las frases encomiásticas, respondiendo a ellas con ironías a veces brutales. Pero mantenía en la vieja Escuela de Agronomía de la Quinta Normal una sala de clases que parecía un verdadero museo de antropología, física, mineralogía y astronomía. De su propiedad era un enorme globo terráqueo seguramente único en América Latina y, probablemente, uno de los pocos en el mundo. Vivía en la propia Escuela de Agronomía con escasas comodidades, sin embargo tenía acciones de importantes empresas, propiedades, y dinero suficiente para editar su texto de Geografía.

Había algunas cosas de las cuales sin embargo se venagloriaba: las opiniones que a muchas personas de las más diversas actividades les merecía su texto; la beca de la Fundación Rockefeller que le permitió alejarse, por un tiempo, de sus actividades docentes, y con la que pudo estudiar con acopio de valiosos antecedentes el clima de las costas bañadas por corrientes frías; su calidad de miembro de la Pacific Geographic Society y del Comité Nacional de Geografía de nuestro país. Y, finalmente, de algo con lo cual estoy directamente ligado: su elección como primer presidente de la Asociación de Geógrafos de Chile" que se fundó en 1955, y que acompañé como secretario general. Era él sin duda alguna en ese momento el geógrafo más reputado del país, el que tenía la mayor solvencia intelectual y científica y el que se estaba desempeñando profesionalmente con mayor propiedad, pues había sido nombrado como tal en el Ministerio de Agricultura. Al rendirle homenaje en estas páginas, lo hacemos también para que quien lea estas líneas comprenda, a través de la obra de

don Elías Almeyda Arroyo, la importancia que el profesional geógrafo puede tener en el quehacer y reconstrucción socioeconómica de nuestro país.

“Dueño de un espíritu en permanente ebullición —dijo Humberto Fuenzalida en sus sentidos funerales del 26 de septiembre de 1958— a lo largo de sus cincuenta y tantos años de activa vida científica, siempre fue un pionero abriendo rutas, un demiurgo que agitó, conturbó, fecundizó los medios en que trabajara; un precursor apasionado y violento, tras cuyas huellas tendrán forzosamente que caminar los que trabajen las ciencias que le obsesionaron y constituyeron la sustancia de toda su existencia.

“Todos le conocimos como profesor, con esa enseñanza apasionada, en que la ciencia se convertía en carne propia y le agitaba con odios y rencores como si el disparate fuera una ofensa personal. Todos sufrimos un poco este vigor continuo de su espíritu que hervía en el vibrante correr de la creación intelectual como caldera a presión”.